

te de todo lo que en su psicología profunda está más o menos desequilibrado. El pecado original es una enseñanza de la fe que muchos cristianos tienen dificultad de aceptar en nuestros días, pero que la realidad de cada día nos recuerda a cada instante. Y esta raíz de pecado no se suprime sino por la gracia. El querer hacer abstracción del pecado original nos coloca inmediatamente en el error, aun cuando seamos grandes psiquiatras. Muchos hombres de nuestros días, especialmente muchos hombres de ciencia, profesan de hecho, sin saberlo, la creencia de que la bondad perfecta es posible en esta tierra, y niegan, por tanto, el problema antológico del mal.

Es evidente que toda evolución lleva consigo una cierta dificultad, y aun puede causar traumatismos profundos, no sólo en los hombres individuales, sino también en pueblos enteros. El verdadero problema que se plantea a todo hombre que aporta alguna cosa nueva a otro es el de tratar de convencerlo respetándolo totalmente, convencerlo por la fuerza misma de la verdad, sin destruirlo. El verdadero problema es, por lo tanto, cómo hacer evolucionar, cómo ayudar la evolución, y no la evolución misma. Esto es un fenómeno universal que existe desde que los hombres existen y porque cada ser lleva en sí mismo algo de original, y este fenómeno durará tanto como el hombre. En el pasado, los contactos humanos estaban reducidos en comparación de lo que sucede en nuestros días, y la evolución respetaba más una justa medida. Hoy en día, lo que es grave es la velocidad con la cual se quiere hacer evolucionar a los hombres primitivos; esta velocidad no respeta ningún ritmo. Es alarmante la ingenuidad de ciertos evolucionistas que creen con un optimismo infantil en las virtudes inmanejables de la evolución; esto se encuentra en la mentalidad del hombre blanco y en la mayoría de los marxistas.

En nuestros días, querer abstraer a los hombres a la evolución o a la influencia de otros hombres es una ilusión, más que en cualquier otra época del pasado. Aún más, es un error el querer abstraer a ciertos hombres de la aportación de algunas cosas nuevas. Como si todo hombre no tuviera que aprender alguna cosa de su vecino. Cualquiera que sea el educador que confronta este problema de la evolución de los espíritus, y aunque el misionero o el antropólogo no pueden hablar propiamente de educadores puros, porque los primitivos no son niños (atención al paternalismo), existe todavía y existirá siempre entre los hombres un progreso por realizarse, aun entre los más evolucionados. ¿Qué diríamos si se quisiera impedirnos buscar libremente lo que nos parece ser la verdad, porque ello lleve consigo el riesgo de caer?

El riesgo es propio del ser libre. Querer negar el riesgo a los primitivos es ne-

gar su derecho a la libertad y su derecho a la verdad.

Y, por otra parte, no seamos ingenuos; el primitivo también está marcado por el pecado original, su psicología está igualmente obstaculizada y desviada. Su estado "infra" hace que, por efecto de ciertas circunstancias, haya quedado como al abrigo de graves peligros que han alcanzado ya profundamente al hombre más civilizado; y su situación geográfica le ha hecho vivir en un medio ambiente que no le impone más que el ritmo de la naturaleza, con un mínimo de artificial, lo cual lo ha ayudado a alcanzar un equilibrio de vida psíquica sano en su conjunto; y sus intuiciones religiosas esenciales, que son justas y expresadas por mitos, cuyo lenguaje nos muestra un cierto sonido de verdad, le han ayudado a permanecer fiel a una cierta parte de verdad que hace de él el inverso del ateo racionalista y que, por consiguiente, le ha ayudado a conservar un cierto equilibrio espiritual. Pero, atención, mientras más se vive en el medio primitivo, más se descubre su miseria y su terrible indigencia, en todos los planos, y cuán atacado está, tanto en su inteligencia como en su corazón y su psicología, por las dificultades engendradas por el mal. No se puede conocer un grupo humano sin una larga convivencia, y ésta nos hace entrar poco a poco en la verdad tal como es.

Y para volver al problema planteado al comienzo: "el cristianismo, al convertirlos, no va a disturbar su psicología profunda" (de donde viene el problema de la misión en cuanto tal y de su justificación), es necesario precisar bien esto. El mensaje evangélico ¿es verdadero o no lo es? ¿Es liberador o no? La verdad ¿tiene derechos o no los tiene? ¿No es mejor para la inteligencia humana que el error? ¿No tiene el hombre derecho a conocer la verdad? Querer transmitirle la verdad ¿no es, de hecho, respetarlo? El amor más auténtico ¿no desea acaso transmitir al amado lo mejor de sí mismo? ¿Jesucristo estaba

equivocado al decir a sus apóstoles que fueran por toda la tierra a anunciar el Evangelio a toda criatura? Jesucristo conocía al hombre mejor que el mejor de los psiquiatras (Jn. 2, 25). No tengamos miedo de la palabra, toda conversión implica, en cierto momento, un rechazo absoluto del error; existe este momento clave en toda conversión a la verdad, al cual no puede escapar ningún convertido y el cual no puede ser rechazado indefinidamente por el misionero más respetuoso de los valores autóctonos: es el momento en que el hombre se adhiere a la verdad revelada, que no ha podido conocer por sí mismo y que, por tanto, ha tenido que recibir de otro.

San Pablo, en nuestros días, no predicaría el Evangelio, se ruborizaría de él por el hecho de que la ciencia psicoanalítica le dijera que tuviera cuidado, con mayor precisión que en su tiempo? No lo creemos.

El objeto de este artículo no es el abordar todos los problemas que se plantean al misionero cuando busca la comprensión hacia el verdadero Dios, conocido y amado explícitamente. Es bien evidente que hay una ingenuidad probablemente aun en ciertos medios misioneros, que hace olvidar todas las graves responsabilidades que tiene el misionero frente a aquellos cuya vida debe finalmente transformar. Hay un respeto fundamental que está en la base de toda evolución y de toda evangelización. Entre los paganos nunca tiene lugar el mal absoluto o el imperio total del diablo. El misionero tiene mucho que aprender, aun de los primitivos. En este diálogo perpetuo entre la gracia divina y la libertad humana, no hay nada más respetuoso que la gracia divina para lo que constituye la nobleza más real del hombre: su libertad. San Pablo tiene páginas inolvidables sobre este punto. ¿Y Jesús? En toda su actitud, en todas sus palabras y en todos sus gestos, ¿tenía acaso el menor asomo de soberbia y de superioridad, la menor violación de nuestra libertad?

## LA NO-VIOLENCIA

### ¿es el arma de los pobres?

TERESA ALVARENGA

En un barrio de marginados en las afueras de Medellín se llevó a cabo entre el 9 y el 13 de octubre un "Seminario Latinoamericano sobre los métodos de la no-violencia", con la participación de 40 de-

legados de 12 países. Entre los conferencistas de dicho Seminario se encontraban Jean e Hildegard Goss, presidentes internacionales del Movimiento de la Reconciación.

Durante una de las prolongadas cenas, en el modesto galpón que servía de comedor, Jean Goss aceptó que le sometiera a una entrevista, no sin antes reír de algunas aventuras con la prensa. Frente a dos platos de spaghettis que no prometían vaciarse, porque había mucho que hablar, comenzamos la conversación:

—¿Cuál es la diferencia entre la lucha violenta y la no-violenta?

—Verás, los objetivos son los mismos, buscamos una sociedad más justa, pero variamos en los medios utilizados y en la visión del hombre. La violencia necesita de la ayuda extranjera, lo vemos en los países latinoamericanos, por ejemplo, necesitan armas, equipos bélicos, medicinas, etc., mientras la no-violencia sólo precisa de **hombres** de energía dispuesta a no aceptar la injusticia, la opresión, la explotación. Los métodos de la no-violencia son el arma de los pobres.

—Muchas veces, al hablar de no-violencia, la gente se imagina al pacifista o al pasivo, al hombre que sufre en silencio y espera...

—Entiendo que exista esta imagen — afirma, reflexivo— y con mayor razón en este continente, donde los imperialistas extranjeros y criollos se encargan de practicar y exaltar la violencia con los hechos. La educación y la vida misma no respiran otra cosa. La no-violencia no es la sumisión voluntaria o cobarde a los opresores, sino, al contrario, oponer a los tiranos y violentos (disfrazados de democráticos) toda la agresión y la fuerza de la verdad y del espíritu. La **no-violencia-activa** es el medio más eficaz y valeroso para atacar los problemas en su base y contiene las soluciones de ideas y de acción más realistas para el mundo de hoy.

—¿Cuáles son los medios de la no-violencia?

—La revolución es inevitable y absolutamente necesaria, sobre todo en los países del llamado Tercer Mundo. Nosotros pensamos que ante esta enorme exigencia el hombre debe emplear toda su **imaginación** para hacer de la lucha una acción humana y no transformarse en juguete de los poderosos. Porque dime tú: ¿quiénes han sido las víctimas de la guerra, quiénes las víctimas en Vietnam o en las guerrillas de otros países? Es el pueblo; los que mueren son los guerrilleros, campesinos o estudiantes y, los soldados del ejército, mientras los opresores están en sus palacios de gobierno o en sus casas de campo. La revolución sangrienta, sin querer, destruye el objeto que pretende defender: el pueblo.

—Y, entonces, la no-violencia ¿qué hace?

—¡Ah, sí!, disculpa, no respondí a tu pregunta. La no-violencia es el arte de buscar alternativas, de atacar los problemas

en su raíz, de agredir definitivamente la conciencia del otro. Nuestra estrategia consiste primeramente en conscientizar al pueblo, luchar junto a él por sus derechos y hacerle vivir sus posibilidades de auto-realización. Los métodos son la educación, la agitación, las manifestaciones, los paros, las reuniones de oración, los ayunos, las marchas, las huelgas de brazos caídos, la ocupación de lugares sentados o de pie, la acción directa: boicot y sabotaje, las publicaciones y panfletos, las huelgas generales, la desobediencia civil y todo lo que seamos capaces de inventar para transformar al hombre y a las estructuras.

—Señor Goss, usted habló de la agresión definitiva de la conciencia del otro, ¿y a eso lo llama no-violencia?

—Si prefieres, busquemos otro nombre, lo que me interesa y a lo que estoy dedicando mi vida es al fondo de esta lucha, lo cual se sitúa en el plano de la inteligencia, de la razón y al empleo de las armas del espíritu, que son la verdad y el amor en toda su fuerza. Cuando atacamos la injusticia de esta manera, el responsable de ella pierde su equilibrio, le hace falta el apoyo moral que la reacción violenta de la mayoría de sus víctimas le había proporcionado. Se hunde en un mundo de nuevos valores. Su furor y su poder le resultan inútiles. El descubrimiento de lo que ve trabaja en su interior y le obliga a reflexionar. Su personalidad se divide y pierde la certidumbre. Empieza su derrota tanto como su transformación, ¿comprendes?... El militante de la no-violencia tiene que llegar a producir esto; la acción no-violenta tiene que llegar a transformar. Evidentemente, antes que nada, tiene que llegar a transformar a sus propios militantes para que sean capaces de inventar estructuras justas y hacer que los hombres se realicen como hombres y abandonen el camino de las fieras.

—¿Cómo se transforma a un hombre? Su respuesta es con voz enérgica y decidida:

—En la acción, en la vida, en lo concreto, en la evidencia, en el compromiso, enfrentándolo a la realidad, a la **verdad**. Con esta pregunta me estás llevando a hablar de algo importante: ¿cómo hacer eficaz la no-violencia? ¡Tendría tanto que contar, tantas experiencias! (Jean Goss parte un pedazo de pan y me mira con sus ojos agudos detrás de los cristales enmarcados en rodets negros.) Para llegar a sustituir lo existente por otra cosa hay que trabajar muy seriamente. Yo diría que hay que comenzar con un análisis de la situación o del problema concreto que queremos atacar: datos técnicos, condiciones legales, morales, etc. Después es preciso reconocer y aceptar nuestra participación voluntaria o involuntaria en esa injusticia; perseguir una causa objetivamente justa; tener la fuerza de rechazar los fraudes y las intrigas; aceptar los riesgos; tener per-

severancia en la lucha y disciplina en la acción y atacar de la manera más precisa y en la forma prevista.

—Pero, señor Goss, esta lucha requiere hombres extraordinarios.

—Sí y no, querida amiga; requiere hombres jóvenes, mujeres, niños o ancianos que sufren la opresión y que merecen otra cosa.

—Pero nuestros pueblos ni siquiera saben que merecen otra cosa, que son "personas".

—Justamente, tenemos que proclamarlo, es nuestro deber ineludible, como sea y por todos los medios "humanos", y construir una realidad más justa. Decirlo también a los tiranos, al enemigo, porque es el que menos lo sabe y lo vive. En la práctica es el que más traiciona su propia condición de "persona".

—¿No cree usted que hay sectores que calificarían su lucha de utópica?

—Sin duda, sobre todo los opresores políticos o económicos, porque les conviene más provocar la violencia para que los oprimidos se maten entre sí. También hay otros sectores bien intencionados, y cuya opción respeto, que nos juzgarán de esa manera porque creen más en el odio como incentivo de lucha que en la verdad y el amor. Seguramente hubo en su tiempo quien juzgó a Jesucristo de iluso, y a Gandhi, o recién a Luther King, de tontos, pero la historia y la realidad demuestran otra cosa.

—¿De dónde saca usted y su movimiento esa mística?

—De mi fe en el hombre, con lo cual no estoy haciendo otra cosa que ser fiel al Evangelio. Si no considero una solución matar al enemigo es porque creo en el hombre. Si estamos luchando por establecer la justicia y la libertad para todos, sin distinción de credos o ideologías, es porque descubrimos el valor infinito y las inmensas posibilidades de la persona humana.

Jean Goss debe tener entre 50 y 60 años, pero su fuerza y su energía lo identifican con la juventud y uno se siente capaz de preguntarle cualquier cosa.

—¿Qué ha hecho usted en la vida aparte de bombardear conciencias?

Se ríe, me da dos palmadas en el hombro y después se pone serio y dice:

—Maté a muchos hombres, participé activamente en la guerra; aparte de eso trabajé durante 20 años como sindicalista en Francia y desde hace años estoy en el Movimiento de Reconciliación porque lo considero en línea justa. Mi esposa y yo trabajamos especialmente en los países socialistas porque el movimiento considera importante estudiar de cerca las posibilidades de diálogo de palabra y de ac-

ción entre marxistas y cristianos. Y fuera de todo eso, he "bombardeado conciencias", como tú dices, de cardenales y obispos en Roma para que en los documentos conciliares del Vaticano II se condenara la guerra y el armamentismo.

—¿Qué hacen en América Latina?

—Hay grupos que trabajan en Uruguay, Argentina, Brasil y Colombia. Quisiéramos aunar fuerzas con otros movimientos que buscan lo mismo y deseamos ponernos en contacto con otros países. Este es uno de los fines del actual Seminario, de otro que se realizará en breve en el Caribe y de un tercero en México. Por supuesto, la acción posterior tiene que ser promovida por

latinoamericanos, adaptada a las realidades locales y llevada a cabo como a cada país le convenga. La revolución es de ustedes, de nadie más.

Guardamos silencio. Las cinco personas que han seguido el curso de la conversación intercambian miradas, mientras yo veo los spaghetti apenas probados y me digo que es justo liberar al señor Goss de mis preguntas y dejarle por fin cenar en paz.

Para informaciones sobre el tema dirigirse a: Jean et Hildegard Goss  
Achottengasse 3<sup>a</sup>/1/58  
A 1010 Viena - Austria

como si nos bastaría recordamos que aún somos estimulables!

Lo que antes estímulo era, ya no lo es. El estímulo como tal ha necesitado una re-cualificación.

Cosa que antes, por naturales, por cercanas, por diarias, bastaban para relacionarnos con nuestra interioridad ya son incapaces de hacerlo. Ha habido como una pérdida del sabor y ella es sentida en nuestra interioridad con una angustia de muerte, porque no ser estimulable es como estar muerto.

Todo esto, consecuentemente, dificulta a la experiencia plena y la percepción total.

Antes nuestras comunicaciones eran más lentas y la unidad del tiempo estaba en relación con el paso con una frecuencia aproximada de 70 por minuto; tal vez el pulso, también coincidentemente entre 65 y 75 por minuto; o la respiración 16 por minuto. Esto cuando el hombre centraba sobre sí. Cuando no, entonces el tiempo era sentido en días, semanas o meses. Ahora todo se aproxima a la velocidad de la luz! 300.000 kilómetros por segundo. En esta relación queremos hacer y sentir las cosas.

No me atrevo a decir que ello no es posible. Tan sólo pienso que nos costará un esfuerzo de adaptación y pienso también preguntándome hasta dónde el hombre podrá descentrarse, el tomar como las medidas de su tiempo las propias de un sistema en que él es apenas partícula íntima.

¿Podremos cambiar el tiempo que ritma la vida, sobre el paso o el pulso, por la velocidad de las quantas? No nos atrevemos a negarlo, sólo pienso en su costo y en el cómo resolver el problema que, por cierto, está planteado.

En todo esto ha habido algunos riesgos.

La luz eléctrica, por ejemplo, de cuyos beneficios y ventajas todos debemos estar muy contentos, sin quererlo ella, ha alterado totalmente un ritmo vital: la relación sueño-vigilia y su armonía con el acontecer astronómico. Nos ha rebelado contra el cosmos.

Se supone que nuestra vida de relación y todas las funciones que a ella contribuyen requieren un caudal determinado de energía nerviosa, y para lograr esto los centros del sistema nervioso "simpático", el cerebro y la gracia, predominen, son marcados y accionados, esta prevalencia podemos re-accionar, podemos crisparnos, podemos proyectarnos, ponernos fuera de nosotros, etc. Pero el desgaste es in-imaginable, de modo que a este período de tensión debe sucederle otro de distensión, y el antagonista de aquel centro tomará el comando temporalmente, el "para-simpático" nos hará re-posar (posar nueva-

# Contribución para la interpretación del fenómeno hippie

Dr. Adolfo Aristeguieta G.

Indudablemente que el momento que nos toca vivir, "nuestra época", se caracteriza, entre otras cosas, por la facilidad de comunicarnos. Gracias a eso, la humanidad puede esperar a la composición de un solo cuerpo, pues la mejor comunicación nos permite integrarnos en una totalidad orgánica.

Pero, paradójicamente, mientras más nos acercamos, mientras más y mejor nos comunicamos, se nos hace más difícil entendernos nosotros mismos.

Tres "especialistas", pongamos por ejemplo: un psiquiatra, un arquitecto y un industrial, necesitan un tercer especialista: el intérprete que los traduzca y los deje conocer equivalencias de formas verbales de idéntico significado, en relación al sistema ideativo de cada uno.

Pareciera también que nos comunicamos más rápidamente, nuestro conocimiento abarca en superficie, pero no en profundidad. Pareciera que la urgencia

de poseer la totalidad de lo actual hiciera excluyente la posesión de la historia que le da sentido.

Y otra cosa también interesante que acompaña a los hechos señalados es la anestesia que se produce en ese vórtice voraz que consume nuestras individualidades.

Tal es el ritmo de desplazamiento interior, tal es la velocidad alcanzada, contagiados o "re-sonados" por la maquinaria en la cual estamos sumidos, que lo que antes era estímulo ahora ya no lo es.

Para que un hecho pueda actuar como estímulo, para que pueda incidir exitosamente en la "fisiología" de nuestro acontecer, se requiere que posea determinadas características. Por ejemplo: intensidad en el destello para impactar, sacudir, sin que quede otra cosa que la vivencia del impacto. Es como si gracias a eso recordamos que aún somos y